

las dos primeras cartas, y dos ediciones del cuarto Evangelio: una primera cuyo telón de fondo serían los adversarios judíos, y una segunda, que sería una revisión antignóstica del documento base. En este último caso, el redactor de las dos cartas y del Evangelio sería el mismo. Los pasajes joánicos más marcados por las ideas gnósticas serían el himno al *Logos*, el realismo eucarístico, la insistencia en el amor a los hermanos, la diferencia entre el verdadero y el falso pastor, el valor soteriológico de la muerte de Jesús.

Schmithals dice que no pretende acercarse al Nuevo Testamento como si se tratase de una serie de escritos sincretistas. En él no hay, dice, ningún escrito gnóstico. Del mismo modo, afirma que, en la época que en que se escribieron los libros neotestamentarios, no existían los sistemas de pensamiento que agrupamos bajo el término gnosis, pero sí una interpretación gnóstica de la existencia, una misión gnóstica, y los trazos fundamentales del mito gnóstico (p. 10): dualismo cósmico; una sustancia luminosa quedada a merced de las fuerzas malignas; un hombre que vive en un mundo extraño, del que aspira a liberarse. La metodología que usa Schmithals es, en todo caso, cuestionable. Según él, muchos pasajes del Nuevo Testamento sólo se hacen comprensibles a la luz de la perspectiva gnóstica. Los textos –siempre según él– no contradicen esta precomprensión; es más, son más claros cuando no recurrimos

a las hipótesis tradicionales, según las cuales los pasajes del Nuevo Testamento deben comprenderse fundamentalmente a partir del Antiguo y de las tradiciones judías de la época.

Estas ideas de Schmithals tienen, ciertamente, su interés, aunque han de ser analizadas con prudencia. Aunque Schmithals habla a menudo de que se trata tan sólo de contactos lingüísticos, es difícil evitar la sensación de que algo del mensaje cristiano queda desvirtuado: de la terminología es muy fácil pasar al contenido. Al tratarse de una obra muy sintética, además, muchos de los pasajes no están estudiados en profundidad –el libro no tiene ninguna nota a pie de página–, por lo que el riesgo de forzarlos es mucho más grande. Es cierto que un estudio serio sobre los interlocutores de los autores sagrados es muy importante. Lo que es muy opinable es que todos los textos que él señala se entiendan mejor si son leídos en clave de polémica con la gnosis. Los estudios publicados en las últimas décadas han aportado luces en otros sentidos; entre otros temas, acerca de la identidad de los oponentes de Pablo. El libro de Schmithals tiene su valor, pero no será útil para el gran público. En todo caso, parece claro que su precomprensión le conduce a conclusiones que deben ser más profundamente estudiadas y revisadas.

Juan Luis CABALLERO

---

**Francesca D'ALESSANDRO (ed.),** *Lecture paoline. L'apostolo Paolo e la tradizione letteraria*, Bologna: ESD, 2010, 259 pp., 15 x 21, ISBN 978-88-7094-765-6.

La Sagrada Escritura es un libro muy particular por diferentes razones. La más importante, porque tiene la virtualidad de

ser Palabra de Dios, cuando es leída en la Iglesia y con la fe de la Iglesia. Pero, además de transmitir de un modo privilegiado

la Revelación divina, es una auténtica joya de consideraciones humanas de todo tipo, especialmente sobre el hombre. En la Sagrada Escritura encontramos un elevadísimo diálogo entre Dios que se nos manifiesta y el hombre que acoge su Palabra. Por ello, la virtualidad de esos textos es enorme: tanto desde el punto de vista sobrenatural como desde el punto de vista humano. Y esta potencialidad no le podía ser ajena a la literatura. No ya sólo porque algunos de los libros o pasajes de la Biblia sean geniales obras de literatura, sino también porque su contenido ha inspirado de una forma singular a muchos escritores a lo largo de la historia.

En el contexto del año paulino, celebrado en 2008, la revista *Sacra doctrina*, editada por el *Studio Domenicano* de Bolonia, decidió dedicar un volumen a diversos estudios sobre la influencia de San Pablo y de sus escritos en la literatura. Este número sirvió, también, como muestra de hasta qué punto la Sagrada Escritura forma parte de los pilares de nuestra cultura. Sobre ella se han fundado edificios de poderoso pensamiento, capaces de mantener el equilibrio necesario entre las diversas fuerzas que se dan en toda civilización, y le ha permitido a la nuestra alcanzar alturas insospechadas.

Este volumen, coordinado por Francesca D'Alessandro, profesora de literatura italiana en la Facultad de Letras de la Universidad Católica de Milán, consta de diez trabajos. Quizá los más destacados sean los dos primeros, tanto por extensión como por temática. El primero, a cargo de Bortolo Martinelli, en su día profesor de la Universidad Católica del Sacro Cuore, se titula «Dante tras las huellas de Pablo» (pp. 19-63). Martinelli ya había escrito en su día otro trabajo similar: «Petrarca y San Pablo». En esta ocasión, se trata, en primer lugar, de buscar las huellas paulinas en el primer canto del *Infierno*. Martinelli analiza las imágenes y los símbolos

que allí emplea Dante, en especial el ritual del paso de la tiniebla a la luz, en cuanto rito de conversión, tal y como el Apóstol lo explica en Rm 13,9-14, y tal y como es glosado por algunos autores medievales. El estudio se completa con el análisis de otros pasajes, tanto del *Infierno* como del *Purgatorio*.

El segundo trabajo, titulado «Philosophus meus Paulus: luoghi paolini in Francesco Petrarca» (pp. 64-123), corre a cargo de Giulio Goletti, profesor de latín e italiano en el Liceo Nomentano, de Roma. El autor se detiene a lo largo de su estudio, en la forma que tiene Petrarca de hablar de la figura de Pablo y de sus cartas. El Apóstol es el autor bíblico más citado en su obra, sólo superado por los Salmos y los Evangelios. Y entre los autores cristianos, es el segundo, tan sólo tras Agustín de Hipona. Su presencia atraviesa tanto sus cartas, como sus composiciones polémicas, o su diálogo *De remediis utriusque fortunae*. El Apóstol, por ejemplo, es colocado, en cuanto filósofo, junto a Platón, o incluso en sustitución de este. Petrarca se introduce en el atento estudio de las cartas paulinas ya sea de la mano de San Agustín, ya sea a través de los códices bíblicos. En cuanto texto concreto, Goletti compara Rm 1,18-25, pasaje dedicado a la revelación natural y al *ordo amoris*, con dos pasajes del escritor italiano.

El resto de los estudios, ya mucho más breves, llevan los siguientes títulos: «... un Pablo que ilumine todo el mundo...» (Catalina de Siena, *Or.* VIII, 55), de Maria Grazia Bianco; «Vivir toda en Aquel que es todo bien. El camino de la fe de Vittoria Colonna», de Maria Teresa Girardi; «Leopardo y la palabra que tiende a lo inefable», de Elena Landoni; «Péguy y la segunda virtud», de Claudio Scarpati; «Mi sueño sobre ti no ha acabado: hipótesis de esperanza en el universo montaliano», de Pietro Montorfani; «Vittorio Sereni y el viento de la esperanza», de Francesca

RESEÑAS

D'Alessandro; «La perspectiva de la salvación en el último Betocchi», de Maria Chiara Tarsi; «Marcas paulinas en la obra poética de Mario Luzi: Lo nuevo es la esperanza. Y ésta vence a todo», de Gianni Festa. Todos estos textos nos acercan a un

maravilloso mundo, en el que vemos al texto bíblico bullir y dar vida, como fuente de agua viva, a las manifestaciones culturales humanas.

Juan Luis CABALLERO